

Sebastián Piñera Echeñique
Ex Presidente de la República

Estamos reunidos hoy en este salón de honor del Congreso Nacional para despedir a un gran hombre y para reconocer, apreciar y agradecer el legado de un gran Presidente de la República.

El Presidente Patricio Aylwin nació en medio de la Primera Guerra Mundial, cuando se desarrollaba la Revolución de Octubre en la Rusia Zarista, nacía la Unión Soviética y se empezaban a configurar las líneas matrices de lo que sería el Siglo XX.

Le tocó vivir gran parte de su vida en ese siglo corto y lleno de contrastes. El siglo de las dos guerras mundiales. El siglo de dos experimentos sociales que causaron un grave daño a la humanidad, como fueron el Nacismo y el Comunismo. El siglo de la Guerra Fría y de la brutal confrontación entre dos bloques irreconciliables.

Patricio Aylwin también vivió el fin de ese siglo con la caída del Muro de Berlín y la Cortina de Hierro, el fin de la Guerra Fría y el surgimiento de un nuevo siglo, cuya columna vertebral aún no termina de conformarse y en que el Presidente Aylwin también tuvo un rol trascendental.

A pocos hombres o políticos les ha tocado vivir y actuar en dos siglos tan distintos, y ejercer roles protagónicos y dejar sus huellas en momentos tan estelares de la historia de Chile.

El Presidente Aylwin jugó un rol decisivo en tres momentos de nuestra historia. Primero, cuando como presidente de la Democracia Cristiana y de la Confederación Democrática, opositora del gobierno de la Unidad Popular, Patricio Aylwin buscó y agotó los medios para encontrar una salida democrática a la grave crisis a que ese gobierno había conducido a nuestro país. Lamentablemente no tuvo éxito en esa misión y el desenlace fue el Golpe Militar del 73 y el quiebre de la democracia, con todas las consecuencias que ello significó para nuestro país. Fue entonces cuando Patricio Aylwin dijo que pertenecía a una generación

fracasada, ilustrando con estas palabras que su generación no había sabido o podido defender la democracia, forma natural de vida del pueblo chileno.

Pero la vida fue generosa y le dio muchas nuevas oportunidades para contradecir esa afirmación. Como presidente de la Concertación de Partidos por la Democracia, Patricio Aylwin lideró con sabiduría, firmeza y carácter una transición pacífica, exitosa e inteligente que condujo al triunfo del “No”, en ese memorable plebiscito de octubre de 1988, que permitió las reformas constitucionales y las elecciones libres de 1989 y abrió puertas a la recuperación de la democracia, a partir de marzo de 1990.

Normalmente las transiciones desde gobiernos militares hacia gobiernos democráticos se hacen en medio de crisis políticas, caos económico y violencia social. Gracias al aporte de muchos chilenos, de múltiples sectores, y con el liderazgo del Presidente Aylwin, la transición chilena se mantuvo al margen de crisis, caos y violencia y fue una transición pacífica e inteligente, reconocida universalmente como ejemplar.

La vida, el destino o la Divina Providencia le tenían reservado a don Patricio una nueva misión en un nuevo momento estelar de nuestra historia. Encabezar, como Presidente de la República, el primer gobierno democrático post Régimen Militar. Los desafíos que, como Presidente, Patricio Aylwin debió enfrentar fueron formidables: consolidar la democracia y las libertades, reestablecer el respeto a los derechos humanos, legitimar la economía social de mercado, alcanzar mayores niveles de justicia social, mantener el rumbo del desarrollo y la integración a la nueva sociedad global del conocimiento y la información y buscar verdad y justicia frente a los graves atropellos a los derechos humanos. Y, tal vez lo más importante, empezar a terminar con décadas y décadas de divisiones, enfrentamientos y odios entre los chilenos, que tanto daño le habían hecho al alma nacional, buscando unir y reconciliar a todos los hijos de nuestra patria.

Fue en esos momentos estelares cuando el Presidente Patricio Aylwin vivió sus mejores y más luminosos días, hizo sus más fecundos y valiosos aportes y mostró

sus mejores y más nobles virtudes, haciendo patente su calidad humana, su naturaleza de estadista y su amor por Chile.

Fueron los tiempos de la democracia de los acuerdos, cuando más allá de nuestras legítimas diferencias, supimos anteponer nuestra responsabilidad y amor por Chile y recorrer los caminos del diálogo, los acuerdos y la amistad cívica, que tanto necesitaba la sociedad chilena, interpretando fielmente los más profundos anhelos de los chilenos. Fueron los tiempos en que el Presidente Patricio Aylwin mostró toda su grandeza, humildad y sabiduría y en que la entonces Alianza por Chile estuvo a la altura de sus responsabilidades para enfrentar esos formidables desafíos y liderar a nuestro país hacia un futuro más libre, más justo, más próspero y más fraterno. La patria justa y buena de la cual nos hablaba el Presidente Aylwin.

Fue entonces cuando el Presidente puso sus ojos en el cielo para soñar, subirse sobre los hombros de gigantes y ver qué hay más allá del horizonte, pero sin despegar jamás los pies de la tierra y las limitaciones de este mundo y sin desconocer nunca que era el presidente de todos los chilenos. Así, Patricio Aylwin supo conducir a Chile con visión y coraje, por los caminos del diálogo, los acuerdos y la reconciliación nacional.

Quiero terminar estas simples pero sentidas palabras, reconociendo que Patricio Aylwin tuvo una vida plena y fecunda en el terreno político. Y también una vida plena, fecunda y feliz en el terreno familiar, junto a su leal compañera de toda su vida, la señora Leonor y sus 5 hijos: Miguel Patricio, Mariana, Isabel, José Antonio y Francisco, sus 17 nietos y sus 10 bisnietos.

Patricio Aylwin murió tranquilo y en paz con su familia, su país y con Dios y rodeado del cariño no sólo de su extensa y hermosa familia. La Biblia dice “por sus frutos los conoceréis” y hoy el Presidente Aylwin está cosechando los frutos de las semillas que el sembró a lo largo de toda su vida: su bondad, su consecuencia, su integridad, su amor por Chile. Por eso hoy cosecha el cariño, la admiración y la gratitud de todo un pueblo. Qué más se le puede pedir a esta vida.

Me emocionó profundamente saber que su familia le había cantado “Gracias a la vida que me ha dado tanto”. Me emocionó porque fue lo mismo que nosotros le cantamos a nuestro padre cuando, el año 1991, hace ya 25 años, dejó este mundo y tuvimos el honor de ver cómo su querido y admirado amigo de toda una vida, el entonces Presidente don Patricio Aylwin, ayudaba a cargar su ataúd. Ayer escuché una frase que me recordó al Presidente Aylwin: “cuándo un joven muere es un naufragio, cuando un grande muere es llegar a puerto”.

¿Qué duda cabe?, que con Patricio Aylwin, quien fue un gran Presidente de Chile, se va uno de los líderes más grandes de nuestro país.

¿Qué duda cabe?, que Chile y los chilenos le debemos mucho a don Patricio Aylwin.

¿Qué nos diría hoy Patricio Aylwin?, estoy seguro que nos exigiría y motivaría a ennoblecer la política, porque la política es una actividad noble; a buscar los caminos del diálogo y los acuerdos, porque ese es el camino más fecundo y promisorio para que los países cumplan con su misión; a respetarnos entre nosotros, porque la amistad cívica es muy importante; a poner los intereses de Chile por sobre cualquier otro objetivo, porque lo que nos une es mucho más fuerte que lo que nos divide; y a amar a Chile con pasión, porque sin amor la política se transforma en un ejercicio estéril.

¿Qué duda cabe?, que el ejemplo y enseñanza de vida del Presidente Aylwin nos serán muy útiles, cada vez que las sombras oscurezcan el camino, para iluminar la senda que todos juntos debemos seguir recorriendo.

Presidente Patricio Aylwin, descanse en paz y que Dios lo acoja en su inmensa gloria y misericordia.